

# Santiago

## El trato a las personas que exige la fe

### 2.1–13

*«Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís. Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre. Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd. ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros? Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad. Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio» (2.1–13).*

Los que componen la familia de Dios tienen que vivir de acuerdo a lo que creen. Para mostrarles a los cristianos la relación que hay entre sus vidas y su fe, Santiago les da una prueba. Describe a dos visitantes al culto, uno rico y otro pobre. Les pide a los lectores que observen cómo es tratado cada quien. La forma como nos comportamos con otras personas, incluso las que no conocemos, es un

indicio de lo que creemos de Dios. No podemos separar nuestras relaciones humanas de nuestra comunión con el Padre. De una manera concisa, Juan declara: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1ª Juan 4.20).

#### LA EXHORTACIÓN (2.1)

La lección de Santiago comienza con la siguiente exhortación: «Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas» (2.1). En consonancia con el carácter imperativo de la epístola, la exhortación debería ser leída como un mandamiento. Phillips consigna: «Jamás intenten, mis hermanos, combinar la presuntuosidad con la fe en nuestro glorioso Señor Jesús». La NEB consigna: «Mis hermanos, del modo como creen en nuestro Señor Jesucristo, que reina en la gloria, jamás deben mostrarse presuntuosos». Si bien puede ser una versión menos estricta, la TEV podría aproximarse más al significado de Santiago, consignando: «¡Mis hermanos! En sus vidas como creyentes en nuestro Señor Jesucristo, el Señor de la gloria, jamás deben tratar a las personas de manera diferente por su apariencia externa».

Todo en los siguientes versículos se desarrolla en base al mandamiento anterior.

#### EL EJEMPLO (2.2–4)

Los versículos 2 al 4 ofrecen un tipo de ética para los encargados de recibir y acomodar a las visitas en la asamblea de los cristianos. Sería seguro asumir que a las asambleas de los primeros cristianos llegaban visitas. Santiago pudo haber sido testigo del trato que está mencionando. Santiago no dice, y no importa si no lo hace, si los visitantes

eran cristianos o no. Las actitudes mostradas eran incorrectas en cualquiera de los casos.

Sin embargo, Santiago dice algo sobre el rico. Llevaba un anillo de oro y vestidos espléndidos (vers.º 2), lo que parece indicar que era un noble o alguna autoridad. Además de ser rico, parece tener poder.

¿En qué estaban pensando estos hermanos? ¿Pensaban que la ropa fina distingue a los hombres admirables, mientras que la ropa raída reflejaba el carácter de los que la usaban? ¿Pensaban que la riqueza indicaba la dignidad de una persona? ¿Cómo podía alguien llegar a creer que un «sistema de castas» sería bien visto por Jesús?

Antes de que nos expresemos con severidad de los cristianos del primer siglo, preguntémosnos si alguna vez hemos sido culpables de la misma clase de pensamientos y comportamiento. ¿Cómo reaccionamos si nuestras reuniones se llenaran de aquellos que podríamos considerar poco deseables? ¿Cómo tratamos a *cualquier* visitante a nuestras reuniones? Hace unos años, Dick Marcear escribió un artículo de boletín titulado «¿Qué calificación cree que tendríamos?». Este artículo contenía algunos datos y conclusiones sorprendentes.

Un hombre visitó 18 diferentes iglesias los domingos de forma sucesiva para averiguar como eran las iglesias en realidad. De acuerdo con el artículo que cubrió la nota, el hombre dijo: «Me senté casi al frente. Después del servicio, caminé lentamente hacia la parte trasera y luego regresé a la parte delantera y de vuelta al vestíbulo por otro pasillo. Me mantuve sonriente. Estaba vestido con pulcritud. Le pedí a una persona que me indicara cómo llegar a algún lugar en específico—un salón para actividades, el estudio del predicador, etc. Me quedé para el café, si lo servían. Usé una escala para calificar el recibimiento que recibí».

Su escala de puntos fue:

- 10—por una sonrisa de parte de alguno de los devotos.
- 10—por un do de rte de uien que estuviera sentado cerca.
- 100—por un intercambio de nombres.
- 200—por una invitación a volver.
- 1000—porque me presentaran a otro devoto.
- 2000—por una invitación para conocer al predicador.

¿Le interesaría saber lo que descubrió? Once de las 18 iglesias obtuvieron menos de 100 puntos y 5 obtuvieron una puntuación inferior a 20. Su conclusión: «Puede que la doctrina sea bíblica, el canto inspirador, el sermón motivador; sin embargo, cuando un visitante no encuentra a nadie que le importe si está ahí o no, es probable que no vuelva».

¿Qué calificación cree que obtendríamos? Es muy importante que cada uno de nosotros nos

esforcemos para que los visitantes se sientan bienvenidos, apreciados y queridos. Este domingo haga un esfuerzo especial por acercárseles a los que no conozca.

¿Estaría Santiago tan molesto con nosotros como lo estuvo con los cristianos del primer siglo que estaban mostrando parcialidad?

Mostrar parcialidad es evidencia de que no estamos practicando nuestra fe. Jesús, cuyos pasos hemos de seguir, no mostró parcialidad. ¿Se ha preguntado si los fariseos habrían aceptado a Jesús si Este les hubiera mostrado el respeto que pensaban que merecían? A Jesús no le impresionaba la apariencia externa, sino que miraba el corazón a lo interno. Los fariseos incluso reconocieron esta cualidad cuando dijeron: «sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres» (Mateo 22.16). De la misma manera, a Jesús tampoco le impresionaba la condición social ni la riqueza. Estuvo más impresionado con una viuda pobre que con un rico fariseo. Jesús pudo penetrar lo externo y ver el potencial en las vidas de los pecadores. Pudo ver una roca en Simón, cuando nadie más lo había hecho. En Mateo, un recaudador de impuestos despreciado, vio a un discípulo fiel. En la mujer del pozo, cuya vida pecaminosa la había convertido en una marginada social, Jesús podía ver el instrumento de una gran cosecha. Si vamos a seguir los pasos de Jesús, tendremos que ver más allá de lo que una persona es, es decir, lo que una persona puede ser.

## LA ELABORACIÓN (2.5)

La parcialidad es mala porque es incompatible con la actitud de Dios, sobre todo Su actitud para con los pobres (2.5, 6a). Santiago no está limitando su enseñanza sobre la imparcialidad a solamente los ricos y los pobres, a pesar de que parece ser la necesidad más apremiante de sus días. Sus lectores tienen que darse cuenta de que el pobre que está siendo ignorado tiene un lugar especial en el corazón de Dios. Es más probable que el pobre sea receptivo al evangelio, porque no depende tanto de las cosas de este mundo. Nuestra errada actitud podría impedirle conocer de la herencia que hay en el reino para los que aman a Dios.

Además de todo lo anterior, solo piense en cómo el rico habría actuado para con los cristianos (2.6b, 7). Santiago no está condenando de forma general, ni siquiera acusando, a todos los ricos. Se está refiriendo solamente a aquellos con los que tenían que estar relacionándose. Santiago menciona tres males específicos de los cuales eran culpables,

esto es, explotar a los cristianos, arrastrarlos a los tribunales y difamar el noble nombre de Jesús. Entre líneas, lo que Santiago pregunta es «¿Cómo es posible que se les muestren parcialidad?».

Santiago resalta con ímpetu su punto. Cita lo que él llama la ley real, a saber: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Al sacar a relucir la ley real, está infiriendo que la prueba básica del carácter cristiano consiste en nuestro comportamiento y actitud para con los demás.

Es muy fácil decir: «Trate correctamente a las demás personas», sin embargo, lo difícil es llevarlo a la práctica. Con frecuencia, los aspectos más sutiles en cuanto al trato de las personas son las que nos causan problemas. Puede que no tratemos abiertamente a una persona, o grupo, con prejuicio; sin embargo, podríamos criticar severamente a alguien con el que no estamos de acuerdo.

Santiago a continuación nos lanza un desafío difícil de manejar, a saber: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (2.10). Parece que Santiago está anticipando la pregunta: «¿Por qué hablar tanto de mostrar parcialidad?». Santiago desea mostrar que cualquier pecado que quebranta la ley de Dios, quebranta la comunión con Dios. Si cumplo todos los mandamientos de Dios, pero deliberadamente rechazo uno solo, habré quebrantado la comunión

con Él. En el presente contexto, ello significa que si no me gustan los de raza negra, los blancos, los mexicanos, los rusos, los sureños, solamente porque son de raza negra, blancos, mexicanos, rusos y sureños, estoy poniendo en peligro mi alma. Las observaciones que hace Santiago sobre el cometer homicidio y adulterio (vers.º 11) tienen por objeto mostrar la gravedad de la parcialidad. Por lo general, nos preocupan los pecados mayores, sin embargo, Santiago desea que entendamos que mostrar parcialidad está en la misma categoría.

Obviamente, no podemos agradar a Dios si quebrantamos la «ley real». Puesto que Dios juzgará nuestras palabras, hechos y actitudes, necesitamos vivir de tal manera que Dios se agrade de nosotros. En el versículo 13, Santiago hace eco de las palabras de Jesús del Sermón de las Bienaventuranzas: Los misericordiosos son los que alcanzarán misericordia. ¡Algunos somos de todo menos misericordiosos! Puesto que Dios está buscando misericordia, probablemente debamos cambiar nuestra actitud para con las personas.

## CONCLUSIÓN

Nuestra fe nos hará tratar a las personas de la manera que Dios desea que sean tratadas. Es mejor que sea importante para nosotros, pues es importante para Dios.

---

## EL LIBRO DE SANTIAGO APLICADO A LA VIDA

---

### ¡Haga de mañana su mejor día!

Un pintor al que se le preguntó, «¿Cuál es su mejor cuadro?», contestó: «Mi próximo». ¡Haga de mañana su mejor día! «Ayer terminó anoche».

### «Deshágase de todo rango»

Detrás de los frentes de batalla de la Primera Guerra Mundial, las casas de descanso fueron diseñadas para servir como lugares de camaradería para todos los soldados, fueran oficiales o reclutas. Sobre la entrada de estas casas se colocaron estas palabras: «Deshágase de todo rango, vosotros que entráis aquí». ¡Así tiene que ser en la iglesia!

### «¿No vas a escuchar?»

Erma Bombeck<sup>1</sup> recuerda un

---

<sup>1</sup>N. del T.: Erma Bombeck (1927–1996) fue una autora humorística es-

día en el que únicamente deseaba que no la molestaran. Atendió tres llamadas telefónicas que parecían interminables. De camino al aeropuerto, el taxista habló constantemente sobre las actividades de la universidad de su hijo. Por último, treinta minutos antes de subirse a un avión, abrió un libro y estaba ya casi tranquila, comenzando a relajarse.

Justo en ese momento, una anciana sentada a su lado dijo: «Apuesto a que hace frío en Chicago». La áspera respuesta de Bombeck fue: «Es probable».

---

tadounidense que alcanzó su popularidad al escribir una columna en los periódicos sobre la vida urbana desde los años 60 hasta finales de los 90. También publicó cerca de 15 libros que en su mayoría se convirtieron en *Bestsellers*.

La mujer continuó interrumpiendo: «No he ido a Chicago durante casi tres años. Mi hijo vive ahí». El «¡qué bien!» de Bombeck fue otro indicio de que no deseaba hablar.

La mujer insistió: «El cuerpo de mi marido está en el avión. Estuvimos casados por cincuenta y tres años. Yo no conduzco, sabes, y cuando murió, una monja me llevó a casa desde el hospital. El director de la funeraria me trajo con él al aeropuerto».

Bombeck recuerda su reacción: «Creo que jamás me he odiado tanto como en ese preciso momento. Otro ser humano estaba pidiendo a gritos ser escuchada y en su desesperación se volvió a una extraña fría que estaba más interesada en una novela que en el drama de la vida real que se desarrollaba al lado de ella».

Autor: Bill Hooten

©Copyright 1989, 2011, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados